

No se nos oculta que hiriendo estos escritos, en muchos casos, intereses, pasiones y preocupaciones que no se han extinguido todavía, no han de faltar lectores prevenidos que, para menguar su mérito, se complazcan en señalar defectos de forma, estilo, redundancias, contradicciones, etc.

En todo caso, bueno es recordar que la responsabilidad de esos defectos recae sobre el editor, que no supo hacer el *traje* de los materiales que emprendió la tarea de ordenar y dar a luz.

Bastaría alegar, para descargo de su conciencia y por vía de excusa, que no sintiéndose autorizado, según su entender, ni con la competencia necesaria para imponerle su colaboración al autor, terminándole sus libros, ha creído deber limitarse a ordenar, ajustándose en lo posible al plan que él dejó formulado, sus preciosas notas, en las que, evidentemente, sólo se contrajo a consignar la idea, sin ocuparse por el momento de la forma y de su desarrollo.

En cuanto a las repeticiones, que el lector notará, la única razón capaz de justificar, no al autor que no ha podido remediarlas, sino al editor que no se ha creído autorizado a suprimirlas, es que, si hay cosas que nunca se repetirán demasiado, son muy principalmente las que tienen por objeto criticar los extravíos económicos que se observan en la práctica, con tan lamentables consecuencias para el país.

Después, todo eso, aún lo que pudiera creerse extemporáneo, es la historia y la explicación filosófica de hechos olvidados de muchos de la generación pasada e ignorados de no pocos de la generación presente.

Nos hemos, por lo tanto, abstenido de tales supresiones.

Al fin y al cabo lo que se publica no es la obra de un escritor contemporáneo que se considere uno en el deber de adaptar en un todo a la actualidad, sino escritos que necesariamente deben tener el carácter de la época en que se hicieron.

EL EDITOR

## INTRODUCCIÓN

### § I

La América del Sud está ocupada por pueblos pobres que habitan suelo rico, al revés de la Europa, ocupada, en su mayor parte, por pueblos ricos que habitan suelo pobre.

El estudio de las causas que hacen pobres a los sudamericanos y ricos a los europeos, forman el doble estudio de que se compone la economía política, que, según Adam Smith, es no solamente la ciencia de la riqueza, sino también la ciencia de la pobreza: dos situaciones opuestas que tienen causas naturales correlativas, como las tienen la salud y la enfermedad del cuerpo humano.

La medicina es la ciencia de la salud, primero que la ciencia de la enfermedad.

Las palabras *crisis*, *remedio*, *contracción*, *revolución*, *plétera* son términos de medicina, usados en la economía en virtud de la analogía entre el cuerpo social y el cuerpo humano.

El médico es llamado para dar salud, y sólo con ese motivo estudia la enfermedad, pues no puede dar la salud sin remover la enfermedad; y para suprimir ésta necesita conocer y reconocer las causas que la han producido.

Del mismo modo estudia la economía política las causas de la pobreza para remediarla y las causas de la riqueza para desarrollarla y mantenerla.

Dividido, naturalmente, ese estudio según la situación de los pueblos, se puede decir que la economía en Sud América es la ciencia que estudia la pobreza, como en Europa es el estudio de la riqueza, para satisfacer a la necesidad que América tiene de salir de su estado de pobreza y la que tiene Europa de conservar y agrandar su riqueza adquirida.

La pobreza en Sud América no es una crisis. Es un hecho secular, hereditario, codificado y encarnado en usos que viven y gobiernan la vida actual, no obstante estar condenados a muerte.

La primera dificultad de Sud América, para escapar de la pobreza, es que ignora su condición económica. Con la persuasión de que es rica, y por causa de esa persuasión, vive pobre, porque toma por riqueza lo que no es sino instrumento para producirla.

## § II

Los pueblos de Sud América, en efecto, nos creemos ricos y gastamos como ricos lo ajeno y lo nuestro, sólo porque tenemos vastos territorios, dotados de clima y de aptitudes capaces de servir al trabajo del hombre para producir la riqueza.

Esta simple cosa es todo lo que se oculta a nuestra vista: que la riqueza capaz de producirse no está producida, y que el suelo y el clima, que tomamos por riqueza, no son sino instrumentos para producir la riqueza en las manos del hombre, que es su productor inmediato, por la acción de estos dos procederes humanos: el trabajo y el ahorro, o conservación y guarda de lo que el trabajo ha producido.

Estos dos hechos de hombre, que son las dos causas inmediatas de la riqueza humana, son dos hechos morales, como lo es la riqueza misma que es su resultado: son dos virtudes, dos cualidades morales del hombre civilizado, no del suelo.

Por eso la economía política, que es el estudio de esas causas morales de la riqueza, es una de las ciencias morales y sociales. Adam Smith dió con ella, estudiando y enseñando, como profesor, las ciencias de la filosofía moral.

Los hechos en que consisten las dos causas naturales de la pobreza son: la ausencia del trabajo, por la ociosidad u otra razón accidental, y el dispendio o la disipación de los productos del trabajo, por vicio o por error.

Ausentes, por cualquiera de estas causas, el trabajo y el ahorro, la pobreza es el resultado natural de esa situación, y ella coexiste con la posesión de los más felices climas y territorios cuyos poseedores arrogantes pueden presentar el cómico espectáculo de una opulencia andrajosa.

El trabajo y el ahorro son esas causas naturales de la riqueza, como la ociosidad y el dispendio son las causas de la pobreza. Esas cuatro palabras expresan los cuatro hechos a que está reducida toda la gran ciencia de Adam Smith, como acaba de decirlo su gran discípulo, Mr. Lowe, en la fiesta del centenario de su grande obra sobre la "Riqueza de las Naciones".

La riqueza y la pobreza, según esto, residen en el modo de ser moral de una sociedad, en sus costumbres de labor y de ahorro y en sus hábitos viciosos de ociosidad y dispendio. En vez de blasonar de las riquezas de su suelo, la América del Sud debiera saber que no es rico el país que no puede blasonar las riquezas de su civilización. Comprender la riqueza y la pobreza, en su ser y causas morales, es colocarse en el camino de aprender a salir de la pobreza y llegar a la riqueza.

Así sabría que un pueblo, empobrecido por una calamidad accidental cualquiera, no tiene más que un camino para escapar de la crisis de su empobrecimiento: es el de pedir la reivindicación de su riqueza esperada o perdida, no a su clima ni al suelo, ni a sus dones increados, sino al trabajo, y sobre todo al ahorro, pues de ambas fuentes la más fecunda es el ahorro, que por sí sólo es una renta, y la más segura de las rentas, pues está ya guardada en caja.

## § III

Al estudiar las crisis económicas porque pasa, con mi país, toda la América del Sud (1874), yo no creo salir de las cuestiones y estudios políticos que me han ocupado tantas veces.

Al contrario; creo poder invocar los hechos que forman esa crisis como una prueba experimental del peligro que corren los países de Sud América en desconocer y apartarse de las bases naturales de la organización que demandan sus necesidades sociales y políticas y los medios de satisfacerlas en servicio de su transformación y progreso.

Esas bases de organización americana fueron consagradas por la organización que el país argentino recibió de la revolución que derrocó en 1852 el orden de cosas de que era resultado y expresión la Dietadura del Gobernador de Buenos Aires. En efecto; la revolución contra Rosas no fué en el fondo sino un cambio esencialmente económico. Baste decir que tuvo por objeto el comercio, la navegación, las aduanas, el tesoro, la deuda pública, etc., etc.

Como cambio económico, el de 1852 contra el Gobierno de Rosas no podía dejar de tener su reacción, y la tuvo en efecto. Son cambios imposibles de completarse por un solo golpe.

El mismo orden económico de Rosas había sido una restauración reaccionaria contra el nuevo régimen de libertad formulado en 1810 por el doctor Moreno.

El antiguo régimen colonial caía con Rosas por segunda vez, para levantarse otra segunda vez a su turno, como no podía dejar de suceder.

Si la reacción contra el cambio liberal de 1852 hubiera dejado de producirse, la naturaleza humana y las leyes de la historia que gobiernan el progreso de los pueblos habrían dejado de ser lo que son y fueron siempre.

La causa reaccionaria cuidó, naturalmente, de reclutar los soldados en las filas del mismo partido que había triunfado en nombre de la libertad; con esa táctica se lograban dos cosas: resucitar el pasado con la fisonomía del presente y del porvenir.

Tales reclutas nunca faltan a las reacciones económicas, porque son las que más ricamente pagan a sus servidores, pues los pagan con los mismos caudales que ellos les devuelven, y con los puestos, rangos y honores con que deben servir a la conservación de la reconquista.

Esa reacción contra el régimen liberal iniciado el 3 de Febrero de 1852 empezó el 11 de Septiembre de ese mismo año, y su teatro no podía ser otro que el que había servido de cuartel general, por largos años, al sistema económico de Rosas.

La vieja lucha recomenzó desde entonces, no ya entre Rosas y sus opositores, sino entre el régimen económico de Buenos Aires, a que sirvió Rosas, y el nuevo régimen liberal iniciado el 3 de Febrero por los vencedores de Rosas, el cual no fué otra cosa que el orden bien entendido del interés nacional.

Así empezó a renacer y crecer la crisis, que en los últimos veinte años ha tenido veinte manifestaciones diversas.

De ahí viene que su estudio no es nuevo para mí, pues muchos escritos míos existen que tuvieron la misma crisis por objeto.

Es que las crisis no se sienten y reconocen por todos sino cuando estallan y lastiman a los reaccionarios lo mismo que a los liberales.

En el Río de la Plata la crisis actual tiene escrita y documentada su historia en los documentos y en los actos de que se compone la vida de la República Argentina desde 1852.

La Constitución Argentina de Mayo de 1853 es el manifiesto de la revolución liberal contra el régimen económico que prevaleció en Buenos Aires bajo Rosas hasta 1852; y la reforma de esa Constitución, con todos los precedentes que la produjeron en 1860, es el manifiesto de la reacción que repuso las cosas económicas del país, en el estado de crisis en que habían vivido bajo Rosas, y que empezaron a ponerse de nuevo desde el mismo año de 1852 y existen hoy mismo en su plena y completa manifestación.

No hay más que leer las dos Constituciones para ver que las dos tuvieron por carácter principal y dominante la causa de los intereses económicos del país, entendidos y servidos de

dos modos opuestos: el uno liberal y moderno, el otro monopolista y retrógrado.

Estudiar las veintidós enmiendas que recibió la Constitución liberal de 1853, fuente de todos los progresos del país posteriores a su sanción, es estudiar uno por uno los gérmenes que han preparado y producido el estado de empobrecimiento que constituye la crisis vieja y crónica en que ha recaído el país entero, por la política económica de la Constitución reformada de 1860.

#### § IV

Más de veinte años ha puesto la reacción en restablecer el orden económico de cosas caído con Rosas, cuidando naturalmente de restaurarlo bajo colores que disfrazan su renovación, siempre denegada.

Los que iniciaron la restauración como *revolucionarios* el 11 de Septiembre de 1852, son los mismos que la han completado como *Presidentes*.

En llevar a cabo esa restauración se han gastado los millones que forman casi el total de la actual deuda pública de Buenos Aires y de la Nación.

Los documentos mismos de ambos gobiernos lo comprueban casi sin disfraz.

Para afirmar la obra de restauración y prevenir campañas y cambios liberales como el de Caseros, se han destruido por guerras costosas, una por una, todas las individualidades capaces de repetir el papel de Urquiza, y a las provincias, rivales económicamente de Buenos Aires, capaces de renovar el papel de Entre Ríos en 1852.

Condenar a los sostenedores pasados del viejo régimen bajo el nombre de caudillos y renovarlos en las personas de sus vencedores subalternos bajo el nombre de *liberales*, ha sido el doble sofisma de táctica con que la segunda restauración del feudalismo o localismo, vencido en 1852, ha cubierto su obra de retroceso, que tiene hoy, sin embargo, su completa manifestación y contraprueba en la crisis y empobrecimiento en que ha caído el país entero, de resultados de esa restauración de las causas originarias de la vieja y crónica decadencia.

La actual pobreza tiene por doble causa la destrucción de la fortuna gastada en restaurar el régimen de empobrecimiento y la acción renovada de este mismo sistema.

Algo se ha avanzado, sin embargo. El pasado muerto es como los hombres muertos: no sirve; pero se regenera, modificado siempre en algo que no le quita el carácter de restauración.

Pero la prosperidad actual argentina es como lo hubiese sido bajo Rosas, si el Dictador hubiese hecho algunas concesiones liberales para mejor afirmar la marcha de su Gobierno, confirmadas en su misma rutinaria dirección: por el método con que los déspotas de Asia y de Africa se sirven hoy del vapor, de la electricidad, del gas, de la prensa, de las constituciones mismas, para mantener rejuvenecidos sus Gobiernos atrasados e incivilizados.

### § V

Pero la pobreza viva y palpitante es un argumento de hecho que no deja excusa ni defensa a la restauración. La crisis económica consiste en un empobrecimiento general en que cae todo el país, que destruye una gran parte de su capital por errores de su conducta, oficial o privada, de cuyo estado de cosas son elementos concomitantes y característicos la paralización del tráfico y del trabajo industrial; la disminución de las importaciones y de las exportaciones y mengua consiguiente de las entradas de aduana; la contracción del crédito; la merma del tesoro; la baja de los fondos públicos; la depresión de todos los valores; la escasez del dinero; la ausencia total del oro y de la plata; la baja de los salarios del trabajo; la reemigración de los trabajadores; la disminución de la población; las quiebras; los procesos; los escándalos; la relajación de las costumbres; las pestes; la revolución o la guerra extranjera como medio de precipitar la crisis y eludir los compromisos contraidos.

¿Cuál es el interés social que no padece por resultado de una crisis económica? o ¿qué es la crisis, sino la paralización total de la vida social?

Dos consecuencias se deducen de ese hecho, a saber: 1.<sup>a</sup>, que si la destrucción del capital de la Nación y su riqueza determina la ruina total de todos los elementos de su civilización, es evidente que su enriquecimiento es la causa y el método que desenvuelve su civilización entera; 2.<sup>a</sup>, que de todas las faltas de que una política puede hacerse responsable no hay ninguna más digna del castigo de la historia que la destrucción del capital nacional, acumulado por años de trabajo, en guerras y en empresas insensatas de un engrandecimiento malsano.

El capital del país es su civilización misma, y la gestión de su fortuna pública y privada es todo su gobierno, supuesto que el objeto de la economía política es aumentar la grandeza y el poder de la Nación.

Todo lo que embaraza y compromete el enriquecimiento

de la Nación sirve a su barbarie y atraso. Las crisis son hechas para dar la prueba de esta verdad en la cabeza misma de los pueblos.

Los efectos destructores que ellas producen en todos y cada uno de los elementos de la civilización del país, dan la medida de los que en sentido opuesto son el resultado de la producción y aglomeración del capital nacional por la obra del trabajo, del ahorro y del orden en la vida, es decir, por la buena conducta pública y privada del país.

Las habilidades de la política pueden engañar a los pueblos; las astucias de sus empíricos "politiquistas" pueden reírse de los "creyentes de la boca abierta", dando a sus actos los motivos más dorados; pueden ellos engañar a sí mismos con la magia de las palabras de *gloria nacional*, *gran política*, *gran partido de la libertad*, *moral comercial*, *progreso y civilización*; estén ciertos esos hábiles de que entre sus "creyentes de la boca abierta", a quienes hacen sus víctimas, no estarán jamás incluidas las leyes naturales o económicas que presiden a la producción y a la explosión de la pobreza general.

Si las doradas artes de su política las han desconocido, pisoteado y lastimado una vez, esas leyes, — sordas a los encantos de la retórica patrioterica, a la música de las frases de libertad y aun a las mismas leyes de "libertades escritas" (que no son sino frases legislativas y oficiales) — seguirán imperturbablemente elaborando su obra de destrucción hasta acabarla, y una vez terminada la darán a luz en medio de las músicas y de la prosperidad escrita por hombres de retórica y platónica. Y la obra que esas hermosas vanidades no han podido impedir ni encubrir, será la pobreza general del país, en que las crisis consisten, con todo su cortejo obligado de ruinas y calamidades, a saber: descrédito, depresión de todos los valores, despoblación, carestía, disminución del tesoro, del tráfico, de las contribuciones, desprestigio, vergüenza y abandono.

¿Pero es verdad que la pobreza tiene sus leyes naturales que la hacen nacer, crecer y producirse? Tan infalibles y exactas como las leyes de la gravitación, del calor y de la vida misma de todo organismo animal.

Las crisis económicas, en este sentido, son, de todos los fenómenos de la economía política, el más digno de ser estudiado en sus causas y naturaleza, en sus efectos y en sus relaciones con otros fenómenos conexos, para prevenir, retardar o atenuar su repetición, más desastrosa que la guerra y que la peste.

El estudio de las causas y orígenes de la pobreza general forma la parte más importante del que tiene por objeto

las causas y origen del estado inverso y contrario de cosas, a saber: del enriquecimiento del país y que trae consigo la elevación de los valores, la multiplicación del tráfico, el alza de los salarios, la inmigración, el aumento de la población, de las rentas, del crédito, del bienestar, del progreso y civilización del país.

Todo esto se encuentra y se mueve alrededor de los intereses económicos, que son los intereses supremos y comprensivos de la existencia entera de los países nuevos.

Tal es el objeto del presente estudio sobre las crisis económicas, que se toca, como se verá, con todos los ramos de la economía política, en sus aplicaciones a la condición presente de la América del Sud.

### § VI

Una crisis económica pesa en este momento sobre todo el mundo comercial, en fuerza de la solidaridad que liga a todos los mercados como parte de un solo y vasto agregado social.

No podía estar excluida de la ley la región del mundo que toma de su centro europeo las industrias, los capitales y los brazos de que vive su riqueza.

Así la crisis que hoy prevalece en el Plata no es otra, en gran parte, que la misma que reina en todo el mundo comercial.

Pero esta epidemia de los intereses sigue la ley de las epidemias de la salud. Cuando el cólera y la fiebre invaden un país no respetan lugares, ni personas, pero eligen para sus víctimas los lugares y los individuos que están ya preparados, por alguna otra enfermedad o vicio de su condición para recibir con más facilidad los efectos de la epidemia.

La primera vez que el cólera y el vómito atacaron a Buenos Aires hicieron estragos excepcionales, porque, a pesar del buen clima, tomaron al país en pésimas condiciones higiénicas: sucio, sin agua, sin cloacas, sin espacio, sin aire, etcétera.

Pues esto es cabalmente lo que sucede con la epidemia económica que se llama *crisis argentina*. Teniendo al país en malas condiciones económicas, molestada su riqueza nacional de calentura, la crisis endémica ha producido allí estragos que en otra situación menos anormal no hubiera causado allí mismo.

Esta condición particular que ha servido al desarrollo desastroso que ha tenido allí la crisis general, es lo que hace de esa dolencia general una crisis del país mismo.

Pero ¿cuál es, dónde está la enfermedad a este respecto? ¿En qué parte la crisis es peculiar y propia del país? ¿Cuál es la condición morbosa que ha ayudado a la acción de la crisis general en el Plata?

### § VII

Si se pregunta a un estanciero de Buenos Aires: ¿cuál es la causa de la crisis? — sin vacilar responde: que la baja del precio de las lanas y de los cueros en Europa.

Si la pregunta es hecha a un comerciante, su respuesta será la siguiente: — la retirada del oro.

Un cronista de la prensa responderá que es la supresión de la oficina de cambio o el curso forzoso del papel moneda.

Un político de la oposición no verá la crisis sino en la presidencia, nacida de la candidatura oficial.

Un partidario del gobierno dirá que viene de la revolución de Septiembre de 1874.

Un economista sistemático la verá nacer toda de los abusos del crédito, es decir, de los empréstitos exorbitantes.

¿Cuál tendrá razón de todos ellos? — Tal vez todos a su vez, porque la verdad es que la crisis viene de muchas causas.

Pero faltará la razón a cada uno en cuanto cree que su explicación es la única verdadera.

No pretendemos estar al abrigo de ese escollo; pero confesamos que, sin creer exclusiva y única la causa que vamos a señalar, es al menos la que estudiaremos como la principal a nuestro juicio.

Mi objeto es señalarla, no para que no se repita, — las crisis se repetirán siempre; son las enfermedades a que está sujeto el cuerpo nacional, — sino para que su repetición cause menos mal; para que el mal inevitable y periódico de la crisis encuentre al país libre de los achaques que agravan sus estragos, como en esta vez.

Esos achaques y vicios son los que voy a señalar.

Los trabajos de sanificación no tienen por objeto garantizar al país de que volverán: el cólera y el vómito, sino prepararlo a que, en la repetición de sus visitas, no aumenten así las malas condiciones higiénicas del país la cooperación que les han dado la vez primera.

Es preciso salubrificicar la moral nacional como se ha hecho con el aire.

Este es, por lo tanto, un interesante y capital estudio, pues lo que impropiamente se denomina crisis es un malestar no sólo permanente y duradero sino también orgánico

y hereditario, que ha de renovarse y durar por siglos si la política argentina no hace de él un objeto de su estudio más predilecto para conocerlo a fondo y remediarlo lenta y gradualmente.

Ha de ser preciso hacer, con las causas morales de su pobreza endémica, lo que se ha hecho para alejar las epidemias: un trabajo de salubricación moral de la República Argentina.

## ESTUDIOS ECONÓMICOS

(EMBRIONARIOS)